

riamente hácia don Ramiro: mas éste retrocedió algunos pasos, y rendido de tanta exaltacion, se dejó caer en uno de los cojines lujosos que decoraban el aposento. Ideas de despecho y de esperanza, de temor y de osadía, de placer y de pena pasaron á un tiempo por su cabeza. Mas poco á poco se fueron deshaciendo todas ellas, y apareció una sola que le ardia en los ojos y en la frente; una que se conocia que lo arrastraba á pesar suyo como arrastraban su débil y vacilante espíritu todas las impresiones estrañas, como los reptiles del campo le hicieron tener miedo en la soledad, y el esfuerzo de Aznar le dió esfuerzo en el combate. ¿Qué idea le asaltarà ahora? ¿Qué idea nueva será esa que le infunde la vista de la hermosa doña Inés?

Y mientras caen los agitados rizos que la sofocan á su ansiosa faz, aumenta en su congoja sus hechizos la blanca mano que á apartarlos va.

ESPRONCEDA.



Largo fué por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés. Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-

que el espíritu es fuerte, pero débil la carne, es lección de un padre de la Iglesia, que no deja de hallar aquí algun apoyo y ejemplo.

CAPITULO XXII

Y mientras caen los agitados rizos que la sofocan á su ansiosa faz, aumenta en su congoja sus hechizos la blanca mano que á apartarlos va.

Y mientras caen los agitados rizos que la sofocan á su ansiosa faz, aumenta en su congoja sus hechizos la blanca mano que á apartarlos va.

ESPRONCEDA.



Largo fué por cierto el capítulo anterior; tan largo, que la pluma se resistia ya á pasar adelante, y ha sido fuerza que para otro dejemos el fin de las pláticas sentenciales de don Ramiro y doña Inés. Mas cierto que el relato no pudo cortarse en mejor punto, porque así como la reina dió aquel grito de alegría de que hablamos en el último párrafo del capítulo anterior, y don Ramiro se arrojó fati-

gado en uno de los cogines del aposento, hubo entre ambos largo rato de silencio. Pero esta vez lo miraba doña Inés á don Ramiro con curiosidad, con anhelo, como deseando leer en su rostro las menores emociones. Volvia á uno y otro lado sus ojos don Ramiro, como deseando ocultarlas; y ni él ni ella se atrevian á comenzar una conversacion, difícil á un tiempo para los dos.

Un pretesto faltaba; un pequeño incidente ó detalle, insignificante en cualquiera otra ocasion, era lo bastante para que la conversacion volviera á reanudarse y dieran suelta entrambos á los indefinibles y vagos pensamientos de que estaban poseídos.

Ese pretesto, ese incidente, ese detalle hallólo por azar doña Inés, y se apresuró á aprovecharlo.

—Veo que traéis aún atada al brazo la cinta blanca que os di por divisa, dijo.

—Ella ha sido mi compañera en el combate, respondió don Ramiro, y he hecho cuanto he podido por sacarla con honra en todos los trances en que juntos nos hemos hallado.

—Oh! quitádosla, quitádosla ya. de un golpe.

—¿Por qué, doña Inés? preguntó el rey sorprendido. ¿No es vuestra divisa?

—Lo fué, pero ya no lo es ya? No acierto.

—Pues ¿no veis qué dice la letra, *sin esperanza*?

—No respondió al pronto, don Ramiro, y doña Inés cayó temiendo haber dicho mas de lo que debia decir.

Y hubo algunos otros instantes de silencio.

Pero esta vez lo rompió don Ramiro diciendo: —¿Y de qué teneis esperanza, doña Inés? ¿No sabéis que á mí no me es posible tenerla ya en este mundo?

—No digo yo que vos la tengais; hablo de que yo la tengo, respondió la reina.

—¿Vos? Pero ¿en qué? —¿En qué? Yo os lo diré, porque de vos solo depende que se cumpla ó no mi esperanza.

—Pues hablad, que si es cosa que yo pueda hacer, y no es contraria á mis votos, hais de contar con ella desde ahora.

—¿De veras? ¿Me dais palabra de que me concederéis lo que os pida?

—Con tal, digo, doña Inés, que no se oponga á mis votos.

—No, no se opone, segun creo, respondió doña Inés.

—Pues hablad, dijo el rey.

Doña Inés estuvo vacilando por algunos instantes; luego, tartamudeando y sin atreverse á decir de un golpe lo que queria, comenzó á hablar de esta manera:

—Es el caso, don Ramiro, que yo quisiera que... ya veis que con esto en nada faltais á vuestros votos . . . quisiera, digo . . . ¿No me hicisteis ya un favor muy grande al favorecer á nuestra hija? ¿No dilatasteis ya vuestros intentos por dos años á fin de complacerme? Pues modificad otro tanto ahora esos intentos hasta dejar lo del monasterio y

hacer de modo que os vengais conmigo á algun retiro oculto donde podamos vivir como hermanos.

—; Doña Inés! exclamó don Ramiro asombrado.

—; Qué! ¿No os place contentar mi súplica? ¿Queréis que lleve, como antes, en mi divisa esa letra que dice *sin esperanza*?

—Pero es, doña Inés, que aun no acierto yo á ver bien lo que queréis.

—Yo os lo explicaré, respondió la reina mas alentada. Figuraos que en lugar de iros á ese sombrío convento de San Pedro el viejo, os vinierais conmigo á uno de las santas ermitas que fundaron los godos en la montaña; allí viviríamos los dos separados del mundo para siempre y haciendo juntos vida ascética y devota. Dios os manda sin duda que os separéis de vuestra esposa, mas no de vuestra hermana y sierva doña Inés, que no desea otra cosa sino pasar el resto de sus años haciendo penitencia en vuestra compañía.

Hemos descrito tantas veces las gracias de doña Inés, que habria de parecer importuno el describirlas de nuevo; pero ello es que jamas habia parecido mas bella en el rostro ni mas galana en el tocado. Y lo dulce de sus palabras, y lo suplicante de su actitud, y las lágrimas que se dejaban entrever en sus ojos sin acertar á mostrarse del todo, hacian de ella un sér temible en la seducción para un alma de roca que no para la de don Ramiro.

Y quiso la fatalidad que conforme doña Inés suplicaba se fuese acercando é inclinándose involuntariamente hácia don Ramiro, de manera que al

terminar su súplica, se hallaban tan juntos el y ella, que sus alientos se confundían y se tocaban sus vestidos, y sus ojos mutuamente se reflejaban.

Y en esta actitud se mantuvo doña Inés embobada como esperando favorable respuesta, y don Ramiro, sin acertar, qué responder; sintiendo que un fuego intenso le quemaba las entrañas y que los pensamientos piadosos no parecían ya por su mente, y que los sentidos le arrastraban á su pesar sin mas poder la razón contenerlos. Nada era tan peligroso como el silencio; nada tan difícil como hablar en aquella ocasión.

A don Ramiro no se le ocurrieron mas palabras que estas:

—; Qué hermosa estais, doña Inés! ¿Qué hermosa estais!

—; Oh fatalidad! Fatalidad era la del rey entonces; y encaminada nada menos que á inutilizar sus penitencias; porque al decir aquellas palabras, que envolvian en sí tan inmenso sentimiento, los flotantes cabellos de doña Inés, vinieron á herir el rostro de don Ramiro, y, Dios nos perdone, pero cualquiera habria dicho que cuando éste los sintió cerca, puso en ellos muy anhelosamente los labios.

—; Ah, don Ramiro, don Ramiro! dijo la reina poco turbada al ver aquellas extrañas demostraciones. Si me amais todavía ¿qué dificultad háis de tener en concederme lo que os pido?

—Esposa mía, esposa mía, respondió tartamudeando don Ramiro: no sé lo que me decís; mas

— sentaos aquí a mi lado, que yo os necesito tener conmigo.

— ¿Con vos me necesitais? ¡Oh! gracias, gracias. Voy a dar órdenes ahora mismo para que juntos marchemos a una ermita de la montaña. Veréis allí cómo pasamos la vida en penitencia, orando yo por vos y vos por mí, sin otra idea que la de nuestro eterno reposo.

— No, no me habeis entendido, doña Inés, repuso don Ramiro con voz ronca, y asiendola de un brazo con todas sus fuerzas la sentó a su lado.

Doña Inés le miró entonces, y vio que sus ojos brotaban llamas, que sus labios estaban cardenos, que todo su semblante denotaba los impulsos mal reprimidos de una pasión ciega, desatentada.

Miróle y tembló, y en aquel punto mismo prorumpió en un copioso llanto.

— Qué, ¿llorais mi amor? Qué, ¿llorais? dijo don Ramiro recogiendo las manos de la reina en sus manos.

— Lloro, respondió la reina, porque ahora claramente veo que es imposible que vivamos mas juntos.

— Imposible!

— Sí, imposible; porque este arrebató de pasión que os ha acometido pasará, y en el propio punto os arrepentiréis, y á mí que no soy culpada en ello llegaréis á aborrecerme del todo por haberoslo escitado.

La luz de la razón alumbró de repente á don Ramiro al oír aquellas palabras de su esposa.

— ¡Infeliz! ¡infeliz! ¿qué hago? exclamó saltando repentinamente las manos de doña Inés y apartándose de ella largo trecho.

— Yo queria, continuó doña Inés, que viviésemos como hermanos, como verdaderos hermanos; yo tengo valor para eso; ¿por qué no habiais vos de tenerlo tambien?

— Porque yo soy un miserable y vos un ángel, exclamó don Ramiro levantándose y dando una violenta patada en el suelo; porque yo estoy condenado irremisiblemente, porque mi carne es flaca de tal suerte, que no basta el espíritu para contenerla.

— ¡Oh! calmaos, calmaos, don Ramiro, dijo doña Inés dirigiéndose hacia él.

— No, no hay calma para mí ni puede haberla en este mundo; pero . . . . . no os acerqueis, doña Inés: vuestra funesta hermosura ciega los ojos de mi entendimiento y me pone á merced del inferno . . . . . Si me amais, si me amais, huid para siempre de mi lado y que no os vuelva yo á ver mas en esta vida.

— Pero es, dijo la reina, que yo no tengo fuerzas para tan gran sacrificio: téngodas para vivir con vos como con un hermano fuera del mundo y de sus pompas, y no las tengo para perderos de vista, para dejar de oír vuestro acento.

— Doña Inés, doña Inés, ¿queréis volverme loco? prorumpió el rey. ¿Veis que necesito de vuestra ayuda y no me la dais?

— Y ¿quién me la da á mí? respondió la reina anegada en llanto.

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPITULO XXIII.

Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

Por eso fueron traidores en consejo, fecho y dicho: por eso riepto á los viejos por eso riepto á los niños . . .

ROMANCE DEL RETO DE ZANORA.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los

En aquel punto se oyó el són de militares instrumentos y una gran gritería en el alcázar, y á pocos instantes despues se sintió resonar en las inmediatas salas la poderosa voz del conde de Barcelona.

Y á tiempo aconteció esto para cortar aquel diálogo imposible.

CAPITULO XXIII.

Donde se habla de un famoso juicio de Dios, que cuando menos se pensaba, tuvo lugar en la renombrada ciudad de Huesca.

Por eso fueron traidores en consejo, fecho y dicho: por eso riepto á los viejos por eso riepto á los niños . . .

ROMANCE DEL RETO DE ZANORA.

Los gritos y voces que se oyeron en el alcázar significaban que á la tierna princesa doña Petronilla la traian en triunfo desde la casa del difunto Miguel de Azlor.

El conde de Barcelona la hacia victorear de los